



JUAN ANTONIO
GIL TAMAYO

1966-2019

IN MEMORIAM

Juan Antonio Gil Tamayo
1966-2019

EDITA: EDICIONES UNIVERSIDAD DE NAVARRA. EUNSA
PAMPLONA
ISBN: 978-84-313-3516-8
DEPÓSITO LEGAL: 1221/2020

COORDINACIÓN EDITORIAL: GREGORIO GUITIÁN / EDUARDO FLANDES
MAQUETACIÓN: PRETEXTO
IMPRESO EN ESPAÑA

Juan Antonio Gil Tamayo
1966-2019

ACTO ACADÉMICO
IN MEMORIAM

9 de marzo de 2020

EUNSA
Ediciones Universidad de Navarra



Juan Antonio

Presentación

Gregorio Guitián

*Decano de la Facultad de Teología
Universidad de Navarra*

El 9 de marzo de 2019 fallecía en la Clínica Universidad de Navarra, en Pamplona, el profesor Juan Antonio Gil Tamayo, apenas cumplidos los 52 años de edad. Tan solo un año y medio antes, en el verano de 2017, le habían diagnosticado una grave enfermedad. Todas las pérdidas de profesores de nuestra Facultad duelen, pero este dolor se hace más intenso en el caso de quienes todavía tenían edad –como había sucedido antes con los profesores Miguel Lluch y Jutta Burggraf– para seguir sirviendo mucho tiempo a la Iglesia con su trabajo teológico. A nuestros por qué dan respuesta las palabras del profeta Isaías: «Tan elevados como son los cielos sobre la tierra, así son mis caminos sobre vuestros caminos y mis pensamientos sobre vuestros pensamientos» (Is 55, 9). Sí, también aquí, en esta Facultad en la que deseamos trabajar para una mayor inteligencia de fe, hemos debido confiar una vez más en los bondadosos diseños de Dios, que sabe qué es lo que más conviene y

guía la marcha de nuestras vidas con su Providencia cariñosa.

A los dos días de su muerte se celebró en el Seminario Internacional Bidasoa –la casa de Juan Antonio– un impresionante funeral *corpore insepulto* presidido por su hermano Mons. José María Gil Tamayo, obispo de Ávila, concelebrado por otros cuatro obispos y ochenta sacerdotes, y al que asistieron también, junto a profesores y alumnos de la Facultad y de Bidasoa, otras muchas personas que querían dar el último adiós a Juan Antonio. Sus años de dedicación a los alumnos del Colegio Irabia, de la Facultad y del Seminario se notaron en los numerosísimos mensajes de condolencia y de sentido recuerdo que llegaron en esos días a la Facultad y a Bidasoa. Se notaba la hermosa huella que había dejado con su buen hacer sacerdotal y académico.

Al poco tiempo, la Junta de la Facultad de Teología, concordando con el deseo del Departamento de Teología Histórica de la Facultad, decidió celebrar un acto académico *in memoriam* para honrar a nuestro profesor. Por su parte, el Vicescanciller de la Universidad de Navarra, Mons. Ignacio Barrera, concedió al profesor Gil Tamayo la medalla de plata de la Universidad de Navarra a título póstumo. De este modo, exactamente un año más tarde, el 9 de marzo de 2020, celebramos en el Aula Magna de la Universidad de Navarra el Acto académico *in memoriam* en el que,

además de las intervenciones que señalo a continuación, tuvo lugar la entrega de la medalla de plata que recogió uno de los hermanos de Juan Antonio, Diego. En ese Acto, que resultó particularmente entrañable, intervinieron junto al rector magnífico de la Universidad de Navarra, Exmo. Sr. D. Alfonso Sánchez-Tabernerero, que presidió el acto, los profesores Marcelo Merino y Juan Alonso. D. José María, el hermano de Juan Antonio, tuvo al final unas sentidas palabras de agradecimiento en nombre propio y de su familia. Estos discursos, acompañados del elenco de las obras del profesor Gil Tamayo, son los que aparecen ahora publicados en este pequeño libro. Me referiré brevemente a dos intervenciones, las de los profesores Marcelo Merino y Juan Alonso.

D. Marcelo Merino, profesor ordinario emérito de Patrología de nuestra Facultad, que conoció muy bien el recorrido académico del profesor Gil Tamayo porque había sido director de su tesis doctoral y mentor en su vida académica, nos ofrece la semblanza académica de su colega y discípulo. Es de notar que en casos así la tarea tiene una dificultad particular porque, como dice el Prof. Merino, «si es verdad que los padres rejuvenecen con el recuerdo de los hijos, no es menos cierto que la muerte de un hijo envejece más la ancianidad de un padre». El Prof. Merino destaca el trabajo llevado a cabo por Juan Antonio Gil Tamayo en el campo de la Patrología. «No era difícil para sus

colegas y sus alumnos la solución de cualquier asunto científico que tuviera que ver con esa parcela de la Tradición en la Antigüedad cristiana». En los años de su actividad académica, en los que compaginó la docencia, la investigación y el servicio a la Facultad en distintas tareas como la dirección de estudios de la Facultad o su participación en el Consejo Editorial de la revista *Scripta Theologica*, se puso de manifiesto su cercanía a las personas, y así, su «intensa actividad como director de estudios de nuestra Facultad y su dedicación a los alumnos, especialmente a los futuros sacerdotes, se hizo evidente en las repetidas ocasiones en que fue elegido padrino de las promociones anuales que han salido de las aulas de la Facultad en esta última década».

Por su parte, D. Juan Alonso, profesor agregado de Teología Fundamental y rector del Colegio Eclesiástico Internacional Bidasoa, traza una entrañable semblanza de la vida sacerdotal de Juan Antonio, de la que fue testigo directo en los años que compartieron en Bidasoa. Recuerda «a un amigo, a un sacerdote bueno y ejemplar, a un colega con quien he tenido el privilegio de compartir más de trece años de labor formativa en el Seminario Internacional Bidasoa». Junto a una honda conciencia de la grandeza del sacerdocio y una contagiosa alegría y sentido del humor, destacó en Juan Antonio el don de consejo, que se traducía en «su capacidad para conectar con las personas y co-

locarlas en la órbita de la voluntad de Dios y en la lógica de Jesús y del Evangelio». En la intervención del Prof. Alonso se entrelazan numerosos testimonios de seminaristas y sacerdotes que se beneficiaron de la amistad y el buen hacer sacerdotal de Juan Antonio, hasta componer lo que el Señor, con su gracia, le ayudó a ser:

un hombre discreto y, al mismo tiempo, un ameno conversador; una persona piadosa, de intensa oración y, simultáneamente, un sacerdote cercano; un amigo siempre leal, y un hombre con el corazón abierto a todas las personas; exigente al proponer altas metas de santidad, pero comprensivo y paciente con los errores y las debilidades humanas; de sus labios solía salir un animante «¡a por ello!» (que se aplicaba primeramente a sí mismo) y que lograba desbaratar todo tipo de miedos y temores.

No quisiera terminar esta presentación sin dejar constancia del agradecimiento de la Facultad de Teología al Prof. Juan Antonio Gil Tamayo por otro rasgo de su vida académica que, gracias a Dios, ha sido una constante en quienes han escrito la historia de esta Facultad: su disponibilidad alegre para lo que hiciera falta. Desde cambiar sus planes para realizar una estancia de formación en el extranjero que se veía necesaria, hasta ocuparse de las tareas que en cada momento se le pedían en la docencia, en la atención de los distintos

servicios que presta la Facultad o en la tarea de gobierno. El ejemplo de tantos hace que también nosotros, a los que nos toca en este tiempo continuar la tarea de cultivar la ciencia teológica y formar cristiana y teológicamente a tantas personas, nos sintamos respaldados y acompañados por quienes –así lo esperamos– contemplan cara a cara a Dios e interceden por nosotros.

Pamplona, 16 de abril de 2020

Publicaciones del profesor Juan Antonio Gil Tamayo

Fermín Labarga

*Director del Departamento de Teología Histórica
Universidad de Navarra*

1. Libros

Obras completas de San Cipriano de Cartago, Introducción general, traducción y notas, BAC, vol. I, Madrid 2013, 980 pp.

Ibídem, vol. II, Madrid 2016, vol. II, 415 pp.

Juan Antonio Gil Tamayo y José Manuel Fidalgo, *Patrología*, Eunsa, «Manuales ISCR», 24, Pamplona, 2019, 240 pp.

2. Co-dirección de obras colectivas

El caminar histórico de la santidad cristiana. De los inicios de la época contemporánea hasta el Concilio Vaticano II. XXIV Simposio Internacional de Teología (2003), edición dirigida por Josep-Ignasi Saranyana, Santiago Casas, Juan Antonio Gil, Rosario Bustillo y Eduardo Flandes, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 2004, xviii + 660 pp.

La «Communio» en los Padres de la Iglesia. XXX Simposio de Teología (2009), edición dirigida por Juan Antonio Gil Tamayo y Juan Ignacio Ruiz Aldaz, Eunsa, Pamplona 2010, 376 pp.

3. Capítulos en libros

«La renovación de los estudios patrísticos en el siglo XIX y su influjo en la vida espiritual», en Josep-Ignasi Saranyana y otros (eds.), *El*

caminar histórico de la santidad cristiana. XXIV Simposio Internacional de Teología, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 2004, pp. 407-412.

«La comunión en la esperanza en san Cipriano de Cartago», en Juan Antonio Gil Tamayo y Juan Ignacio Ruiz Aldaz (eds.), *La communio en los Padres de la Iglesia. XXX Simposio Internacional de Teología*, EUNSA, Pamplona 2010, pp. 239-251.

4. Voces en diccionarios

«Akolouthia» en Lucas Francisco Mateo-Seco y Giulio Maspero (eds.), *Diccionario de San Gregorio de Nisa*, Monte Carmelo, Burgos 2006, *ad vocem*. Versión en inglés, en eídem, *The Brill Dictionary of Gregory of Nyssa*, Brill, Leiden-Boston 2010, *ad vocem*.

«Contra fatum», en ibídem, *ad vocem*.

«Contra fornicarios», en ibídem, *ad vocem*.

«Apologia in Hexaameron», en ibídem, *ad vocem*.

«In luciferam sancta Domini resurrectionem», en ibídem, *ad vocem*.

«De mortuis», en ibídem, *ad vocem*.

«De Pythonissa», en ibídem, *ad vocem*.

«In sextum Psalmum», en ibídem, *ad vocem*.

«Symponia», en ibídem, *ad vocem*.

5. Artículos en revistas científicas

«La Iglesia como misterio de comunión en Cipriano de Cartago», en *Excerpta e dissertationibus in Sacra Theologia* 43 (2002) 83-185.

«La Biblia comentada por los Padres de la Iglesia», en *Anuario Historia de la Iglesia* 12 (2003) 281-284.

«La Iglesia como misterio de comunión en Cipriano de Cartago», en *Anuario de Historia de la Iglesia* 12 (2003) 412-417.

- «Eucaristía y comunión eclesial en los escritos de Cipriano de Cartago», en *Scripta Theologica* 37/1 (2005) 53-75.
- «Salvación y obediencia agradecida. El término *amoibé* en los *Stromata* de Clemente de Alejandría», en *Scripta Theologica* 38/1 (2006) 191-202.
- «*Ante manum ab episcopo et clero in penitentiam impositam*: el proceso penitencial en los escritos de Cipriano de Cartago», en *Revista Agustiniana* 47 (2006) 57-80.
- «La Iglesia como *sacramentum unitatis* en Cipriano de Cartago», en *Scripta Theologica* 39/2 (2007) 337-367.
- «‘Todo esto tiene un sentido alegórico’ (Ga 4, 24). La exégesis antioquena de Gálatas 4, 21-31», en *Scripta Theologica* 40/1 (2008) 35-63.
- «Sevilla y Toledo: La Mariología de san Ildefonso en el contexto de la Teología de san Leandro y san Isidoro», en *Scripta de Maria* 5 (2008) 337-357.
- «El Bautismo como incorporación a la comunión eclesial en los escritos de Cipriano de Cartago», en *Verdad y Vida* 251-252 (2008) 281-305. Publicado también en *Carthaginensia* 46 (2008) 291-316.
- Crónica del congreso «Pau, Fructuós i el cristianisme primitiu a Tarragona (segles I-VIII)», en *Anuario Historia de la Iglesia* 18 (2009) 368-371.
- «La *Communio* en los Padres de la Iglesia. Presentación», en *Scripta Theologica* 41/3 (2009) 813-814.
- Crónica del simposio «La *Communio* en los Padres de la Iglesia» (Pamplona, 22-24 de abril de 2009), en *Anuario Historia de la Iglesia* 19 (2010) 471-473.
- «La conversión cristiana», en *Scripta Theologica* 42/3 (2010) 693.
- «*De unitate Patris et Filii et Spiritus sancti plebs adunata* (De oratione dominica, 23). La unidad trinitaria como fundamento de la unidad eclesial en Tertuliano y Cipriano de Cartago», en *Scripta Theologica* 43/1 (2011) 9-29.
- «Domingo Ramos-Lissón (1930-2016). *In memoriam*», en *Anuario de Historia de la Iglesia* 26 (2017) 533-537.

6. Reseñas y recensiones

- Orígenes, *Homilías sobre el Cantar de los cantares*, introducción, traducción, notas e índices de S. Fernández Eyzaguirre, en *Scripta Theologica* 33/3 (2001) 958-959.
- R. Polanco Fernando, *El concepto de profecía en la teología de san Ireneo*, en *Scripta Theologica* 33/3 (2001) 959-960.
- L. E. Boyle, *Facing History: A Different Thomas Aquinas*, en *Anuario Historia de la Iglesia* 11 (2002) 489-490.
- Á. Muñoz García, *Seis preguntas a la lógica medieval*, en *Anuario Historia de la Iglesia* 11 (2002) 500-501.
- C. Díaz, *Emmanuel Mounier (Un testimonio luminoso)*, en *Anuario Historia de la Iglesia* 11 (2002) 519-521.
- Tertuliano, «*Prescripciones*» *contra todas las herejías*, introducción, texto crítico, traducción y notas de S. Vicastillo, en *Scripta Theologica* 34/3 (2002) 976-978.
- Hechos de Andrés y Mateo en la ciudad de los Antropófagos. Martirio del Apóstol San Mateo*, edición de G. Aranda Pérez y C. García Lázaro, en *Scripta Theologica* 34/3 (2002) 978-979.
- 1-2 Corintios, La Biblia Comentada por los Padres de la Iglesia. NT*, 7, edición de G. Bray, Th. C. Oden y M. Merino, en *Scripta Theologica* 34/3 (2002) 982-983.
- J. Álvarez Gómez, *Historia de la Iglesia. Edad Antigua*, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 12 (2003) 464-465.
- R. Gounelle, *La descente du Christ aux enfers. Institutionnalisation d'une croyance*, en *Anuario Historia de la Iglesia* 12 (2003) 466.
- J. Rico Pavés, *Semejanza a Dios y Divinización en el «Corpus Dionysiacum»*. Platonismo y Cristianismo en Dionisio el Areopagita, en *Anuario Historia de la Iglesia* 12 (2003) 470-471.
- Agostino di Ippona, *La grandezza dell'anima. «De quantitate animae»*, Introducción traducción y notas de R. Ferri, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 15 (2006) 443-444.
- Clemente de Alejandría, *Stromata VI-VIII*, introducción, traducción y notas de M. Merino Rodríguez, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 15 (2006) 446-447.

- G. Filoramo, *Veggenti Profeti Gnostici. Identità e conflitti nel cristianesimo antico*, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 15 (2006) 447-448.
- A. Flórez, *San Agustín. La persuasión de Dios*, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 15 (2006) 448-449.
- «*Historiam Perscrutari*». *Miscellanea di studi offerti al prof. Ottorino Pasquato*, a cura di M. Maritano, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 15 (2006) 449-450.
- M. R. Nunes Costa, *Maniqueísmo. História, Filosofia e Religião*, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 15 (2006) 451-452.
- I. González Marcos (ed.), *Santo Tomás de Villanueva. 450 Aniversario de su Muerte, VIII Jornadas Agustinianas*, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 15 (2006) 479.
- J. Daniélou, *Los orígenes del cristianismo latino*, en *Scripta Theologica* 39/1 (2007) 275.
- Clemente de Alejandría, *Stromata VI-VIII*, introducción, traducción y notas de M. Merino Rodríguez, en *Scripta Theologica* 39/1 (2007) 276.
- Didymus the Blind, *Commentary on Zechariah*, traducción de Robert C. Hill, en *Scripta Theologica* 39/1 (2007) 280.
- J. A. Galindo Rodrigo (dir.), *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy*. Vol. II: *Teología Dogmática*, en *Scripta Theologica* 39/1 (2007) 281.
- P. Capelli (ed.), *Il diavolo e l'occidente, Convegno di studi organizzato da Biblia (Bologna, 9-11 maggio 2003)*, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 16 (2007) 475-476.
- Juan Crisóstomo, *Comentarios a los Salmos/1 (4-12, 41, 43-49)*, introducción, traducción y notas de I. Berlanga Fernández, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 16 (2007) 486.
- A. Ferreiro, *Simon Magus in Patristic, Medieval and Early Modern Traditions*, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 16 (2007) 487-488.
- P. Podolak, *Introduzione a Tertulliano*, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 16 (2007) 488-489.
- L. F. Mateo-Seco y G. Maspero (eds.), *Diccionario de San Gregorio de Nisa*, en *Scripta Theologica* 39/3 (2007) 918-922.

- J. M. García, *Los orígenes históricos del cristianismo*, en *Scripta Theologica* 39/3 (2007) 943.
- C. Moreschini y E. Norelli, *Historia de la literatura cristiana antigua griega y latina*, en *Scripta Theologica* 40/1 (2008) 287.
- E. Romero-Pose, *Anotaciones sobre Dios Uno y Único*, en *Scripta Theologica* 40/2 (2008) 618.
- S. M. Hildebrand, *The Trinitarian Theology of Basil of Caesarea. A Síntesis of Greek Thought and Biblical Truth*, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 17 (2008) 463-464.
- R. Lazcano, *Bibliografía de San Agustín en lengua española (1502-2006)*, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 17 (2008) 464-465.
- E. Toraño López, *La teología de la gracia en Ambrosio de Milán*, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 17 (2008) 465-466.
- S. M. Hildebrand, *The Trinitarian Theology of Basil of Caesarea. A Síntesis of Greek Thought and Biblical Truth*, en *Scripta Theologica* 40/2 (2008) 620.
- R. López Montero, «*Totius hominis salus*». La antropología del «*Adversus Marcionem*» de Tertuliano, en *Scripta Theologica* 40/3 (2008) 919.
- Orígenes, *Homilías sobre Jeremías*, introducción, traducción y notas de J. R. Díaz Sánchez-Cid, en *Scripta Theologica* 40/3 (2008) 920.
- Atanasio de Alejandría, *Epístolas a Serapión sobre el Espíritu Santo*, introducción, traducción y notas de C. Granado, en *Scripta Theologica* 40/3 (2008) 922.
- R. Lazcano, *Bibliografía de San Agustín en lengua española (1502-2006)*, en *Scripta Theologica* 40/3 (2008) 923.
- A. Carpin, *Battezzati nell'unica vera Chiesa? Cipriano di Cartagine e la controversia battesimale*, en *Scripta Theologica* 41/1 (2009) 281.
- J.I. Saranyana (dir.) y C.J. Alejos Grau (coord.), *Teología en América Latina, II/2: De las guerras de independencia hasta finales del siglo XIX (1810-1899)*, en *Scripta Theologica* 41/1 (2009) 284.
- Benedicto XVI, *Los Padres de la Iglesia. De Clemente Romano a San Agustín*, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 18 (2009) 454-455.

- Juan Crisóstomo, *Homilias sobre la Carta a los hebreos*, introducción, traducción y notas de M. Merino Rodríguez, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 18 (2009) 455-456.
- Clemente de Alejandría, *El Protréptico*, introducción, traducción y notas de M. Merino Rodríguez, en *Scripta Theologica* 41/2 (2009) 636.
- Juan Crisóstomo, *Homilias sobre la Carta a los hebreos*, introducción, traducción y notas de M. Merino Rodríguez, en *Scripta Theologica* 41/2 (2009) 639.
- San Agustín, *Contra los Académicos*, edición bilingüe, introducción y traducción de J. García Álvarez, en *Scripta Theologica* 42/1 (2010) 233.
- D. Ramos-Lissón, *Compendio de Historia de la Iglesia Antigua*, en *Scripta Theologica* 42/1 (2010) 234.
- P. Bernardini, *Un solo Battesimo una sola Chiesa. Il concilio di Cartagine del settembre 256*, en *Anuario Historia de la Iglesia* 19 (2010) 543-544.
- Actas Latinas de Mártires Africanos*, introducción, traducción y notas de J. Leal, en *Anuario Historia de la Iglesia* 19 (2010) 546.
- P. Bernardini, *Un solo Battesimo una sola Chiesa. Il concilio di Cartagine del settembre 256*, en *Scripta Theologica* 42/2 (2010) 515.
- S. Mazzolini, *Chiesa e salvezza. L'«extra Ecclesiam nulla salus» in epoca patristica*, en *Scripta Theologica* 42/3 (2010) 801.
- M. Simonetti, *Il Vangelo e la storia. Il cristianesimo antico (secoli I-IV)*, en *Scripta Theologica* 43/1 (2011) 184-189.
- E. Prinziavalli, *Questioni di storia del cristianesimo antico I-IV sec.*, en *Scripta Theologica* 43/1 (2011) 218.
- Actas Latinas de Mártires Africanos*, introducción, traducción y notas de J. Leal, en *Scripta Theologica* 43/1 (2011) 219.
- Atanasio de Alejandría, *Discursos contra los arrianos*, introducción, traducción y notas de I. de Ribera Martín, en *Scripta Theologica* 43/1 (2011) 220.
- Ticonio, *Libro de las Reglas*, introducción, texto crítico, traducción y notas de J. J. Ayán Calvo, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 20 (2011) 529-530.

- M. Simonetti, *Il Vangelo e la storia. Il cristianesimo antico (secoli I-IV)*, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 20 (2011) 530-531.
- M. Fiedrowicz, *Teologia dei Padri della Chiesa. Fondamenti dell'antica riflessione cristiana sulla fede*, en *Scripta Theologica* 44/1 (2012) 224.
- M. Mira, *Apostolado y filiación divina. La relación interpersonal en Máximo el Confesor*, en *Scripta Theologica* 44/1 (2012) 226.
- L. Bianchi (ed.), *Sant'Agostino nella tradizione cristiana occidentale e orientale*, en *Scripta Theologica* 45/1 (2013) 263.
- P. Langa Aguilar, *Voces de sabiduría patristica*, en *Scripta Theologica* 45/2 (2013) 524.
- N. Cipriani, *Muchos y uno solo en Cristo. La espiritualidad de Agustín*, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 23 (2014) 569-570.
- N. Dumitracu (ed.), *The Ecumenical Legacy of the Cappadocians*, en *Scripta Theologica* 48/2 (2016) 514-516.
- R. López Montero, *Un cuerpo de carne y sangre. La cristología del Pseudo-Tertuliano*, en *Scripta Theologica* 49/1 (2017) 241-242.
- M.-F. Baslez, *Les premiers bâtisseurs de l'Église. Correspondances épiscopales (IIe-IIIe siècles)*, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 26 (2017) 555-556.
- J. R. Carbó (ed.), *El Edicto de Milán. Perspectivas interdisciplinarias*, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 26 (2017) 558-559.
- E. Hrabovec, P. Piatti, R. Tolomeo (eds.), *I Santi Cirillo e Metodio e la loro eredità religiosa e culturale ponte tra Oriente e Occidente*, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 26 (2017) 561-563.
- F. Rivas Rebaque, *San Justino, intelectual cristiano en Roma*, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 26 (2017) 563-564.

Semblanza académica

Marcelo Merino

*Profesor Emérito de la Facultad de Teología
Universidad de Navarra*

Ciertamente siento un gran peso por el honor que la Facultad de Teología de esta Universidad ha puesto sobre mis hombros en esta mañana del 9 de marzo de 2020, día en el que recordamos el primer aniversario del fallecimiento del Prof. Gil Tamayo, después de una enfermedad –no sabemos si dolorosa, porque nunca se quejó–, ni tampoco muy larga –pues duró apenas dos años–, que supo llevar con todo el talante y talento de un buen sacerdote y profesor de esta su *Alma mater*.

El peso al que he hecho mención se me hace más ligero al pensar en aquellos versos de san Gregorio Nacianceno y que quisiera que sirvieran de frontispicio a la presente semblanza académica del finado profesor D. Juan Antonio. La estrofa que deseo grabar en estos momentos dice así: «Para mí son igualmente padres cuantos me enseñaron el bien, y son hijos aquellos a los que yo he enseñado. Solo aceptaré –prosigue el poeta– a Cristo como compañero, que abraza a los célibes con preferencia a los demás, aunque haya nacido para todos y haya alzado la cruz en favor de todos.

En él me alegro, y sea algo agradable o desagradable lo que me envíe, incluso me haga más expedita también por la aflicción, como oro inmundo purificado en el crisol» (GREGORIO DE NACIANZO, *Carm.*, I, 2, 1, vv. 596-602); donde el primer «I» significa «teológico», el nº «2» se refiere a «morales», y el último 1 da a entender el orden de este poema concreto dentro de su serie. Por cierto, el título que los amanuenses nos han transmitido de esta inspiración reza de la siguiente manera: «Elogio de la virginidad». Así entenderán Ustedes mejor la alusión femenina que se hace en los versos mencionados.

En los minutos que siguen trataré de explicarles la suavidad del «peso» junto con el «honor» que se me han concedido. Pero no por ello dejaré de recordarles que si es verdad que los padres rejuvenecen con el recuerdo de los hijos, no es menos cierto que la muerte de un hijo envejece más la ancianidad a un padre. Aunque en este momento también es muy bueno hacer memoria de que para quien titubea es un buen apoyo la evocación del que anduvo firme y seguro.

Verán. D. Juan Antonio nació la víspera del día de Navidad, es decir, el 24 de diciembre de 1966, en Zalamea de la Serena, un municipio de la provincia de Badajoz. Pero muy pronto, a los diecisiete años, quiso hacerse navarro y por ello se trasladó a esta ciudad con el fin de matricularse en el último curso de Bachillerato en el Colegio Irabia.

Con dieciocho años, en 1984, comenzó sus estudios de Licenciatura en la Facultad de Filosofía y Letras, y eligió la sección de Filosofía pura, que así se llamaba una de las tres secciones académicas en que se dividía la mencionada Facultad. Y cinco años más tarde lo encontramos fotografiado como uno más en la orla de los licenciados en Filosofía y Letras durante el curso 1988-89. Contaba entonces 23 años.

A partir de ese mismo año inicia su camino docente en el Colegio Irabia de Pamplona como profesor de Filosofía, Literatura española, Latín y Religión en las etapas educativas correspondientes a la Secundaria de entonces y al Bachillerato. Esta actividad docente le ocuparía hasta el año 1995, cuando, en consideración a su buen hacer magisterial, también es nombrado director técnico del mismo Colegio Irabia hasta acabado el curso 1999. Toda esta actividad de magisterio la desempeña a la vez que realiza sus estudios teológicos en el primer ciclo de la Facultad de Teología de nuestra Universidad.

Es entonces, en octubre de 1999, cuando decide su dedicación completa a los estudios de Licenciatura en nuestra Facultad de Teología, y opta por la especialización histórica, y más concretamente por las investigaciones sobre los Padres de la Iglesia. Será precisamente en esta época cuando tuve la suerte de entablar con él unas relaciones académicas que perduran todavía en estos momentos.

Una vez reconocido como licenciado en Teología, después de haber superado las pruebas pertinentes con las mejores calificaciones, investigó sobre *La Iglesia como misterio de comunión en Cipriano de Cartago*, que fue el objeto de su defensa doctoral en Teología, calificada de *Summa cum Laude*, y que le supuso el premio extraordinario de aquel curso académico 2001-2002. En verdad, aquel año de 2002 fue decisivo en la orientación vital de nuestro querido D. Juan Antonio, no solo por la obtención del grado de Doctor en Teología, sino sobre todo porque a finales del mes de agosto recibiría su ordenación como presbítero de la Iglesia católica, dentro de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei.

Con la defensa correspondiente de su investigación doctoral, nuestro docente ya tenía todos los requisitos necesarios para desempeñar con total conformidad el nombramiento que las autoridades académicas le habían concedido como profesor ayudante del Instituto de Historia de la Iglesia un año antes. De esta manera, durante los nueve meses del curso académico 2002-2003, impartió en las aulas de la Facultad de Teología la asignatura titulada «Las polémicas teológicas en el siglo III» a todos los alumnos que cursaban la Licenciatura en Teología Histórica.

Hemos resaltado aquellos nueve meses, porque fueron suficientes para gestar la decisión de trasladarse a Roma y así perfeccionar su formación patristica

dentro de las aulas del Instituto Patrístico «Augustinianum». Su estancia en aquella ciudad completó los cursos académicos 2003-2005, que fueron los necesarios para realizar el bienio de especialización en teología y ciencias patrísticas.

Prosiguiendo con el relato académico del Prof. Gil Tamayo hay que recordar que su regreso a Pamplona desde la Ciudad Eterna coincidió con el ofrecimiento que le hicieron de nuevo las Autoridades Académicas como profesor Adjunto de Patrología en la Facultad. Durante casi una decena de años nuestro profesor estuvo dedicado a la docencia de distintas asignaturas troncales en el currículum de los alumnos de los dos ciclos educativos de la Facultad de Teología.

En consideración a su productividad académica, tanto pedagógica como de investigación, en el mes de julio del 2014, sería promovido a profesor Agregado de la misma especialidad. Precisamente en esta tarea docente le sorprendió la enfermedad por los resquicios de la vida que le llevarían en poco tiempo a alejarse físicamente de nosotros.

Su capacidad intelectual y su gran dedicación en la Facultad de Teología pueden verse en dos aspectos importantes. Me refiero, en primer lugar, al desarrollo de los distintos servicios que el Prof. Gil Tamayo fue prestando con eficacia como, por ejemplo, la Subdirección de la revista *Scripta Theológica*. Los años 2007-2011 se reconocen como los de la mayor expansión científica

de la Revista, en la que se publicita la investigación de los profesores de la Facultad, y donde se establecen lazos culturales con otros centros académicos de idéntico parangón teológico. No podemos olvidar que son años en los que la Revista, bajo la dirección del prof. Izquierdo y la valiosa ayuda del profesor Gil Tamayo, emprende los primeros pasos en su prestigio internacional, que concluirían con el reconocimiento y aceptación en los más especializados repertorios bibliográficos de Teología, como puede ser el caso de *Scopus*, la base de datos de referencias bibliográficas y de citas más importante en el ámbito de la investigación científica.

Es precisamente esta eficiencia servicial la que hace que las autoridades académicas se fijen en D. Juan Antonio para nombrarle director de estudios de la Facultad en 2011. De esta manera, *Scripta Theológica* perderá uno de sus más eficientes colaboradores, pero lo gana la Facultad entera. Es en este desempeño donde la laboriosidad y validez del nuevo director de estudios se hacen todavía más evidentes. Todos los alumnos, todos, encuentran unos oídos que escuchan sus sugerencias, sus quejas, y ellos mismos son quienes le hacen decir a D. Juan Antonio su frase favorita: «A por ello». Era su *slogan* repetido una y mil veces. Pero no indicaba distancia, alejamiento, ni mucho menos desapego, sino que él mismo se ponía el primero en la reata de las posibles soluciones que se presentaban por muy difícil que fuera la cuestión planteada.

Esta intensa actividad como director de estudios de nuestra Facultad y su dedicación a los alumnos, especialmente a los futuros sacerdotes, se hizo evidente en las repetidas ocasiones que fue elegido padrino de las promociones anuales que han salido de las aulas de la Facultad en esta última década. No recuerdo cuántas becas blancas han impuesto sobre los hombros de D. Juan Antonio los universitarios de Teología, pero todas ellas hablan en silencio de la dedicación destacada del profesor Gil Tamayo desde la Dirección de Estudios de la Facultad.

Desde esta atalaya de la Dirección de Estudios, D. Juan Antonio supo observar y querer a los alumnos como ellos deseaban ser contemplados y queridos. Y aquí no hago otra cosa que parangonar unas palabras del que fuera Fundador y Primer Gran Canciller de esta Universidad, san Josemaría. En verdad, todos los humanos, para conseguir y alcanzar los grandes objetivos que nos proponemos, necesitamos una adecuada educación, familiar y escolar, con unos principios sólidos y recios donde cimentar el propio carácter y personalidad. Así, D. Juan Antonio disfrutó de los cimientos imprescindibles, tanto familiares como los específicos del espíritu, para edificar la gran personalidad de que hizo gala sin ningún tipo de alardes, a no ser que se considere como tal su continua sonrisa. Recuerden Ustedes los versos del Nacianceno grabados al comienzo de esta semblanza. Ciertamente el

Prof. Gil Tamayo podría enumerar los muchos hijos intelectuales que nos ha dejado, pero quien les habla no tiene el propósito de enumerarlos, pues no desea engrosar el colectivo de los abuelos de ningún tipo.

En verdad, la dedicación, la lealtad a la verdad y el cariño, son las vivencias humanas que destilan el carácter de nuestro profesor universitario. Su calidad pedagógica se caracterizaba por sus sólidos conocimientos; sabía valorar sus propios esfuerzos y los de los alumnos para alcanzar los objetivos científicos propuestos. Tenía seguridad en sí mismo —«¡a por ello!», repetía—, y así acercaba a los demás no solo a su propia persona, sino también a la solución de los problemas de todo tipo.

El campo de investigación que el Prof. Gil Tamayo eligió para sus indagaciones científicas fue el de los estudios patrísticos en el ámbito latino y, más concretamente, dentro de la tradición africana. Por ello sus autores preferidos, además de Cipriano de Cartago, fueron Tertuliano, Optato de Milevi, Ambrosio de Milán y Agustín de Hipona. Durante su permanencia en el claustro de los profesores de la Facultad y en la aulas de dicha institución, no era difícil para sus colegas y sus alumnos la solución de cualquier asunto científico que tuviera que ver con esa parcela de la Tradición en la Antigüedad cristiana. Buena cuenta de lo que digo son las distintas tesis doctorales que sus alumnos le pidieron que pilotara para alcanzar el mejor puerto.

Señoras y señores, este sería el momento idóneo para recordar algunas de las más importantes publicaciones del Prof. Gil Tamayo. Aunque no pueda yo afirmar que los años que transcurrió entre nosotros fueran muchos, han sido los suficientes para reconocer las excelentes dotes que adornaron a nuestro investigador. Ciertamente, la Sabiduría, con mayúscula, le concedió unas enormes capacidades intelectuales que, conjugadas con las muchas horas de trabajo callado y sacadas de donde no había tiempo, dieron su fruto bien granado en muchos trabajos que han visto la luz en distintas revistas científicas de carácter teológico y en otras tantas editoriales que rindieron sus recursos ante las sugerencias del investigador de la Facultad.

Permítanme un ejemplo. Cuando el Prof. Gil Tamayo conversó con la Editorial Católica para publicar una traducción de las obras completas de san Cipriano, los editores le sugirieron la idea de una actualización del volumen que ya tenían publicado, y agotado, de dichas obras del santo de Cartago. Nuestro profesor insistió en que sería mejor hacer una nueva traducción con la correspondiente bibliografía puesta al día. Una vez revisada convenientemente por los editores la traducción preparada por Gil Tamayo, la decisión final fue la de editar esta última, que es la que tenemos la oportunidad de consultar en dos volúmenes de la colección de Biblioteca de Autores Cristianos, publicados en 2013-2016. Con motivo de

esa publicación nosotros mismos escribíamos entonces: «Se trata, en definitiva, de una muy buena edición de las obras de autenticidad probada del santo obispo de Cartago, que sin duda sacia los deseos de un público con una cultura cristiana normal, y que anhela beber en las fuentes más genuinas de su doctrina y con los verdaderos doctores de la tradición cristiana, entre los que san Cipriano ocupa uno de los lugares más señeros». Su benevolencia, señoras y señores, permitirá esta valoración de un padre para con uno de sus hijos.

Como les decía, la actividad investigadora del Prof. Gil Tamayo también queda reflejada abundantemente en las publicaciones de sus muchos artículos en distintas revistas científicas y en otros capítulos de obras colectivas, en las que él mismo participó de su edición y publicación. Igualmente, en esta línea habría que enumerar sus múltiples reseñas y recensiones a otras tantas publicaciones de su especialidad. Esta última gota de mi cariño por D. Juan Antonio no quisiera colmar la paciencia de todos Ustedes, y por ello me excuso de su mención pormenorizada.

Tampoco quisiera concluir esta semblanza del Prof. Gil Tamayo, sin dejar de anunciarles que unos días antes de su partida de entre nosotros, cuando ya se encontraba en la Unidad de Cuidados Intensivos, vio la luz pública su última colaboración científica titulada *Manual de Patrología*. Se trata de un último esfuerzo científico de nuestro patrólogo, juntamente

con D. José Manuel Fidalgo, por hacer accesible la vida, la obra y la teología de los principales Padres de la Iglesia a los alumnos del Instituto de Ciencias Religiosas de nuestra Facultad.

También debo anunciarles que en un breve tiempo estarán a disposición del público en general sus otras obras póstumas, aquellas que supo sacar adelante en medio de su enfermedad. Una se centra en la traducción del *corpus* epistolar de san Ambrosio, y otro libro que se titulará «Creo en la Iglesia». Se trata del último volumen de la serie «El Credo comentado por los Padres de la Iglesia». Ambos originales se encuentran depositados en la editorial Ciudad Nueva de Madrid.

Igualmente debo notificar del último trabajo del Prof. Gil Tamayo y que debería mostrarles en este preciso momento, pero el duende encargado de las imprentas de la editorial Cristiandad no lo ha permitido. Se trata de una colaboración que tenía entre manos nuestro profesor con otros colegas del mismo Claustro, D. Pablo Blanco, y que ha debido continuar D. Eduardo Torres. Puede que esas páginas, que tienen por título: *Benedicto XVI. Una historia de la Iglesia*, hayan visto ya la luz pública, aunque no de forma universal, pues yo todavía no las he visto.

Termino ya con los trazos gruesos de esta semblanza al Prof. Gil Tamayo, y deseo hacerlo con otras palabras de su querido san Cipriano, escritas precisamente en el tratado *Sobre la muerte*: «Demos prueba

de que existe aquello que creemos –decía el santo obispo de Cartago–, de modo que no lloremos la muerte de los seres queridos, y cuando llegue el día de nuestra llamada, sin tardar y de buen grado vayamos al Señor que nos llama» (CIPRIANO DE CARTAGO, *Del tratado sobre la muerte*, 24: CSEL 3/1, 312: BAC 717, 309).

La partida de D. Juan Antonio de entre nosotros no le permitió la ocasión de ser nombrado Catedrático Ordinario en la Facultad de Teología de nuestra Universidad, como les he recordado, pero espero, pues lo deseo, que la Suprema Autoridad de todas las universidades le haya propuesto como Residente Ordinario de aquella cátedra celeste.

Semblanza de un sacerdote, formador de sacerdotes

Juan Alonso

*Rector del Colegio Eclesiástico Internacional Bidasoa
Universidad de Navarra*

Cuando me pidieron esta intervención, me vinieron al corazón dos sentimientos encontrados. El primero: que se trataba de un auténtico desafío. Porque si nunca es tarea fácil trazar en pocos minutos la vida ministerial de un sacerdote, menos aún lo es cuando hablamos de alguien con una personalidad tan rica como la del muy querido D. Juan Antonio. El segundo sentimiento: que tenía por delante una tarea gozosa, porque se trataba de recordar a un amigo, a un sacerdote bueno y ejemplar, a un colega con quien he tenido el privilegio de compartir más de trece años de labor formativa en el Seminario Internacional Bidasoa.

Lo que pretendo hacer en este breve tiempo es sencillamente traer a la memoria algunos recuerdos y anécdotas de la vida de D. Juan Antonio que ayuden a esbozar de alguna manera su semblanza sacerdotal y su tarea como formador de futuros sacerdotes. Citaré algunos testimonios recogidos tras su fallecimiento. Serán solo una pequeña muestra, que sin duda podría

enriquecerse con otras muchas experiencias personales y reflexiones de quienes han tenido la suerte de conocerle y tratarle.

Sacerdote cien por cien

Juan Antonio Gil Tamayo fue ordenado sacerdote el 29 de agosto de 2002 en la parroquia de San Miguel de Pamplona, por Mons. Javier Echevarría, entonces Prelado del Opus Dei y Gran Canciller de esta Universidad. En el año 2005 se incorporó al equipo formador del Seminario Bidasoa, en su sede de la popular Plaza de los Castaños de Barañain. De sus casi 17 años de ministerio, la gran mayoría (14 en concreto) estuvo dedicado a la formación sacerdotal y al acompañamiento de seminaristas, compatibilizando esa tarea con una no pequeña actividad académica, como se acaba de recordar.

Si hubiera que destacar un rasgo fundamental de su vida, habría que referirse indudablemente a su honda conciencia de la grandeza del sacerdocio y a su orgullo santo de ser sacerdote.

En sintonía con los tres grandes Padres de la Iglesia que más reflexionaron sobre el ministerio pastoral: san Gregorio Nacianceno (con el discurso *Fuga*), san Juan Crisóstomo (con el *Diálogo sobre el sacerdocio*) y san Gregorio Magno (con su *Regla pastoral*), D. Juan Antonio era muy consciente de que el sacerdocio es, según indica el Nacianceno, «el arte de las artes y la

ciencia de las ciencias» (*Fuga*, 16). Su grandeza proviene de ser como el **signo del amor de Cristo por su Iglesia** (*Diálogos* II, 1), como dirá el Crisóstomo; el sacramento que une la grandeza de Dios a la bajeza humana (cf. *Fuga*, 74-76).

También conocía D. Juan Antonio el célebre comentario de san Agustín a las palabras que Jesús dirigió a Pedro («Apacienta mis ovejas», *Jn* 21,15): el Doctor de la Gracia entendía la tarea del Pastor de la grey del Señor como «*amoris officium*», como oficio de amor (*In Iohannis Evangelium*, 123,5; PL 35,1967). Muchos de los que conocieron a D. Juan Antonio vieron en él al mismo Jesús que les acogía, que los amaba. En este sentido, un seminarista le dejó escritas estas palabras de despedida: «amadísimo don Juan: cuando era un niño soñaba con haber podido vivir en el tiempo de Jesús para conocerle; sin embargo, le conocí siendo ya un hombre: gracias, don Juan, por haberme mostrado en cada momento el rostro de Cristo en usted».

Su sentirse orgulloso de ser sacerdote de Jesucristo impregnaba sus actividades y daba una fuerza muy especial a sus palabras y consejos. Era algo que no pasaba desapercibido a los que le trataban. ¿Cómo no iba a tener su vida ese gran poder de convicción para arrastrar a otros a seguir a Jesús por el camino sacerdotal? El testimonio de un joven seminarista lo confirma: «don Juan, muchas gracias por convencerme para seguir a Jesús y entrar en el seminario. Gracias por la formación

que me diste, tu alegría, amabilidad, cuidado y amor. Te juro que no sé cómo pagártelo. (...). No dejes de ayudarnos a todos para ser sacerdotes como tú nos enseñaste». Otro seminarista lo expresaba así: «¡Gracias, campeón! Tu ejemplo de entrega y generosidad nos ha ayudado a valorar y amar nuestra vocación».

Un antiguo alumno de Bidasoa, hoy sacerdote en América, con motivo del fallecimiento de D. Juan Antonio publicó en su blog una entrada con el significativo título: «Don Juan Antonio Gil, orfebre de vocaciones». Entre otras cosas, allí se recogía el email que D. Juan Antonio le envió cuando él era diácono y estaba realizando diversas tareas pastorales en su país, en espera de la ordenación sacerdotal: «Me alegra también muchísimo esa pastoral que estás haciendo... Debe ser para ti la mejor manera de calentar motores para recibir ese don maravilloso del sacerdocio: pídelo cada día y sobre todo disponte con un corazón de pastor, sacrificado, eucarístico y muy mariano».

Permítanme citar ahora unas palabras del mismo D. Juan Antonio, en una charla que impartió a varios seminaristas de Bidasoa. Hablaba del sacerdote y del Espíritu Santo:

un sacerdote, por el hecho del sacramento del Orden (...), es sagrado; ¿Eso qué significa? Que el Espíritu Santo le ha convertido en «pertenencia de Dios»; (...); soy su pertenencia...; le pertenezco, y le pertenezco toda la vida, *sacerdos in aeternum...*». «Y

eso significa –continuaba– que las 24 horas del día soy cura. –¿Cuándo visto el pijama?: también cuando visto el pijama; ¿cuándo estoy vestido del Fútbol Club Barcelona?: sí, también (...). Cuando al candidato le imponen las manos en la ordenación, Dios le está diciendo: estás en mis manos, eres mío... Eso nos tiene que dar una seguridad muy grande... Soy de Dios, y Dios no me deja, aunque (...) pueda pasar noches oscuras, no me deja, no me deja... (Son palabras del 15 septiembre de 2018, cuando llevaba ya más de un año peleando con su enfermedad).

Evocar el perfil sacerdotal de D. Juan Antonio es ver hecho realidad aquel sueño de San Josemaría para sus hijos sacerdotes. Solía decir que debían ser «sacerdotes-sacerdotes, sacerdotes cien por cien», en todos los momentos y circunstancias, hombres dedicados exclusivamente a Dios y a las almas (San Josemaría, Homilía *Sacerdote para la eternidad*, 13-IV-1973).

Un pastor ejemplar

En D. Juan Antonio se percibían las características que, según San Gregorio Magno, habían de distinguir a un pastor de almas:

(...) es necesario que sea puro de pensamiento, sobresaliente en el actuar, discreto con su silencio, útil al hablar, cercano en la compasión con cada uno, adelantando a todos en la entrega a la contem-

plación, compañero por su humildad con los que hacen el bien, firme en el deseo de justicia contra los vicios de los pecadores, sin que la ocupación exterior debilite su atención a lo interior, y sin que la solicitud por lo interior le haga abandonar la atención a lo exterior (*Regla* II, 1).

De manera particular resaltaba en él esa especie de equilibrio entre opuestos al que apunta este gran Papa y Padre de la Iglesia latina en el texto citado. D. Juan Antonio era, en efecto, un hombre discreto y, al mismo tiempo, un ameno conversador; una persona piadosa, de intensa oración y, simultáneamente, un sacerdote cercano; un amigo siempre leal, y un hombre con el corazón abierto a todas las personas; exigente al proponer altas metas de santidad, pero comprensivo y paciente con los errores y las debilidades humanas; de sus labios solía salir un animante «¡a por ello!» (que se aplicaba primeramente a sí mismo) y que lograba desbaratar todo tipo de miedos y temores. En síntesis: un sacerdote con los pies bien firmes en la tierra y con la cabeza y el corazón en el cielo.

Un hombre con «carisma»

Al poco tiempo de que D. Juan Antonio entregara su alma a Dios, una de las enfermeras de la Clínica Universidad de Navarra que le había atendido en sus últimos días, comentó como de pasada: «este hombre

tenía un algo especial». Los que le conocimos podemos afirmar lo mismo. Dando un paso más, nos podemos preguntar: ¿Cuál era su secreto?

Ciertamente don Juan Antonio tenía «carisma». Poseía unas cualidades extraordinarias que Dios le otorgó y que él supo cultivar, no sin esfuerzo: inteligencia, simpatía y don de gentes, optimismo contagioso... Pero si tuviera que destacar alguna de ellas subrayaría el don de consejo: su capacidad para conectar con las personas y colocarlas en la órbita de la voluntad de Dios y en la lógica de Jesús y del Evangelio.

En efecto, sabía exigir con fortaleza y con cariño al mismo tiempo, conjugando los grandes ideales y los detalles cotidianos aparentemente pequeños e insignificantes. Un botón de muestra es esta frase suya que los seminaristas anotaron en una de las clases de formación que impartió: «No me digas que quieres ser cura y tener un altar para celebrar, si no sabes ofrecerte todos los días en tu altar que es tu mesa de estudio». Y entre los testimonios de quienes recibieron su consejo cabe citar el que refiere un antiguo seminarista, hoy joven sacerdote por tierras americanas: «gracias por sus consejos y también por sus regaños: Siempre me regañaba porque no me afeitaba». Y es que D. Juan Antonio no se andaba por las ramas: sugería estrategias y consejos concretos según las circunstancias de cada uno, como en el caso de quien

escribe: «En los momentos de exámenes tú fuiste la persona que guardabas mi móvil para que pudiera estudiar bien».

Sabía querer y se hacía querer

El carisma de D. Juan Antonio incluía, además de un gran sentido sobrenatural, una capacidad de introspección psicológica sobresaliente que le permitía hacerse cargo con presteza de las situaciones de las personas, comprender sus necesidades y actuar con acierto: sabía aconsejar, animar, consolar, quitar hierro a un asunto, abrir horizontes, etc. Aconsejaba como padre y como amigo. El interlocutor se sentía querido, escuchado, comprendido. D. Juan Antonio también se hacía querer, porque confiaba de verdad en las personas. Siguió el ejemplo de san Josemaría, que afirmaba que se fiaba más de la palabra de un hijo suyo o de un amigo que del testimonio unánime de cien notarios juntos. Creo que quienes conocimos a D. Juan Antonio, cuando pensamos en él, recordamos ese bello texto bíblico: «El amigo fiel es seguro refugio, el que le encuentra ha encontrado un tesoro. El amigo fiel no tiene precio, no hay peso que mida su valor» (*Eclesiástico* 6, 14-15). Un amigo suyo lo reflejaba de este modo en el libro de la capilla ardiente: «Juanillo (...) que Dios te pague lo que has hecho por cada uno de tus amigos». Era evidente que quería a cada uno

de manera distinta, y con cada uno tenía los detalles originales y exclusivos de la amistad.

En esta misma línea debe mencionarse otra nota de su temple como formador: D. Juan Antonio creía en la libertad y era consciente de que en la tarea de la formación la confianza juega un papel decisivo. Por eso, más que mandar, aconsejaba; más que imponer, proponía; más que enseñar reglas y criterios, enseñaba a adquirir hábitos para ser capaces de pensar y de tomar las propias decisiones libremente. Su autoridad no provenía de su *potestas*, sino de la confianza y el cariño que transmitía, primera fuente de la *auctoritas* y de la credibilidad de un formador.

Una sonrisa en el rostro

Y puestos a desvelar algo más de ese carisma, hay que aludir necesariamente a su alegría y buen humor, seguramente sus cualidades más visibles, y en muchas ocasiones las más sonoras, por sus risas y carcajadas tan contagiosas. El Papa Francisco ha expresado en diferentes ocasiones y de diversos modos la necesidad de que los cristianos –especialmente los sacerdotes– seamos testigos de la alegría del Evangelio. D. Juan Antonio sembraba serenidad y jovialidad a su alrededor. Sirvan de ejemplo estos testimonios: «cuánto nos enseñaste con tus palabras, con tus sonrisas»; «queda en mí el recuerdo de un sacerdote alegre, optimis-

ta, esperanzado»; «estando con él se pasaban todas las preocupaciones, sobre todo cuando estábamos en época de exámenes finales»; «nunca faltó en su rostro la sonrisa». Un antiguo formador de Bidasoa dejó escrito: «Siempre fue sembrador de paz y alegría. Un modelo de verdadera caridad sacerdotal». La sonrisa de D. Juan Antonio constituye todavía hoy un recuerdo imborrable para las decenas de nuevos seminaristas de lengua no española que llegaban a mediados de julio desde los más diversos rincones del mundo al curso de español organizado por la Facultad de Teología: no podían comunicarse con la lengua, pero la mirada acogedora y alegre de D. Juan Antonio superaba las barreras del idioma: esa imagen valía más que mil palabras.

Su testimonio como sacerdote y formador fue especialmente impactante en el transcurso de su enfermedad en sus últimos meses de vida, a través de su ejemplo de sufrimiento silencioso y alegre. Un testigo escribió: «Nos hablaste siempre de configurarnos con Cristo: ¡cómo lo viviste tú hasta el extremo, hasta su cruz!». Y es que cuando D. Juan Antonio estaba más limitado de salud, era ejemplar su esfuerzo por adaptarse al horario del seminario —muchas veces con su carrito portátil de oxígeno—, o su tesón para celebrar la eucaristía a pesar de sus limitaciones. Las charlas de formación que recibían los seminaristas se quedaban cortas ante el peso del ejemplo visible de una vida

sacerdotal auténtica. También en estas circunstancias su celo por las personas le llevó a no tener miedo a gastarse por los demás. Así lo refiere un seminarista: «Mi querido don Juan Antonio: (...) fuiste grande hasta el final, hasta el punto de llamarme para dirigir mi alma justo antes de partir por última vez a la Clínica, a pesar de tu delicado estado de salud; con esto me enseñaste que por Cristo y por amor (...) al prójimo hay que desgastarse (...) hasta el final».

* * *

En resumen, la vida sacerdotal de D. Juan Antonio encarnó magistralmente los tres rasgos que el Papa Francisco ha señalado como indispensables en un formador a ejemplo del Buen Pastor. Un formador debe *ir por delante del rebaño*, con su integridad de vida, abriendo camino. También debe *estar en medio del rebaño*, entre la gente, escuchando, dedicando tiempo, haciéndose cargo. Y, por último, debe *ir detrás del rebaño*, recogiendo con paciencia al rezagado, transmitiendo en torno a sí optimismo y esperanza.

San Agustín escribió que para conocer a una persona no hay que preguntarle lo que piensa, sino lo que ama (cf. *Ench.* 31, 117). El secreto de D. Juan Antonio no fue ni es otro que su amor al Buen Pastor. Supo pisar donde Jesús pisó, y así pudo ir con Él por delante, en medio y por detrás del rebaño.

Deseo terminar con dos testimonios. El primero pertenece a un sacerdote joven que recibió su formación sacerdotal en Bidasoa; dejaba a D. Juan Antonio este mensaje: «Querido D. Juan: al despedirme de Bidasoa me dijiste: ‘¡fidelidad!’ . Con la certeza de que fuiste fiel, pido que ahora, desde el cielo, intercedas por nosotros, para que también seamos fieles».

El segundo es otro fragmento de la entrada del blog citado más arriba. Dice así: «Fuiste un gran regalo de Dios para los que te conocimos y llegamos a quererte. Cuando me enteré de tu partida, no sabía si rezar un responso o ponerme bajo tu protección. El orfebre es quien labra objetos, ya sean adornos o utensilios. Esa fue la misión de D. Juan Antonio en Bidasoa, y le estamos agradecidos por todo lo que hizo en nuestra formación. Desde la eternidad no dejes de bendecirnos y sonreírnos, pues ese fue el testimonio que nos dejaste: *Servite Domino in laetitia!* – ¡Serviré a Dios con alegría!».

Fidelidad, servicio, alegría. Tres palabras que sintetizan bien el ministerio de un sacerdote ejemplar, formador de sacerdotes, orfebre de vocaciones.

**Entrega de la medalla de plata de la Universidad,
concedida a título póstumo,
al Prof. Dr. D. Juan Antonio Gil Tamayo**

Gregorio Guitián

*Decano de la Facultad de Teología
Universidad de Navarra*

Con la venia.

El Decreto del Gran Canciller, de 3 de diciembre de 2002, dispone que la Medalla de la Universidad de Navarra se otorga para distinguir, según la tradición universitaria, a aquellas personas físicas o jurídicas que hubieran prestado muy señalados servicios a esta Corporación.

El citado Decreto establece que la Medalla, en su categoría de Plata, se acuñará en este metal. Su anverso incluirá en esmalte, el emblema de la Universidad con la figura de frente y en plata del Arcángel San Miguel, sosteniendo un escudo de gules, cargado con las cadenas de Navarra, pisando un dragón sinople; todo en campo de azur, circundado por bordadura de plata con la leyenda *Universitas Studiorum Navarrensis*; y el reverso, una orla de laurel que circundará la inscripción *A clarissimo et humanissimo viro Sancto Josephmaría Escrivá de Balaguer anno domini milésimo nongentésimo quiquagésimo secundo cón dita*; en algún lugar exterior a la orla de laurel se grabará el número

de orden correspondiente. La medalla estará provista de anilla y eslabón para llevar con cordón o cinta de color de plata.

La concesión de la Medalla de Plata compete al Vicecanciller de la Universidad, previo informe favorable de la Comisión Permanente de la Junta de Gobierno.

El Vicecanciller, Excmo. Mons. Ignacio Barrera Rodríguez, mediante el oficio número 1221/19, de 17 de octubre de 2019, ha tenido a bien conceder la Medalla de Plata de la Universidad de Navarra, a título póstumo, a D. Juan Antonio Gil Tamayo, en reconocimiento por los valiosos servicios prestados a esta Corporación.

* * *

Una vez finalizada la lectura del Decreto del Vicecanciller, el Excmo. Sr. Rector hizo entrega de la medalla de Plata de la Universidad a D. Diego Gil Tamayo, hermano del Prof. D. Juan Antonio Gil Tamayo.

Palabras de agradecimiento del obispo de Ávila

Excmo. y Revmo. Mons. José María Gil Tamayo
Obispo de Ávila

Con la venia.

Excelentísimo señor rector, querido don Francisco, arzobispo de Pamplona y Tudela, ilustrísimo señor decano de la Facultad de Teología, querido claustro de profesores, compañeros de mi hermano Juan Antonio, queridos formadores del Seminario Bidasoa, encabezados por su rector don Juan Alonso, queridos alumnos, señoras y señores.

Me he quedado casi sin palabras –y eso es difícil en un obispo–, pero puede más la emoción; y si tuviera que resumir mis sentimientos en una sola palabra sería la de «gratitud». Gratitud en nombre de mi madre, de mi hermano, de mi cuñada, de mis sobrinos, de mi familia. Ciertamente este ha sido un año duro, donde hemos echado de menos a mi hermano Juan, pero hemos vivido –como decía esta mañana en la celebración de la santa misa– de manera especial esa otra dimensión, que es la de la comunión de los santos.

No voy a hacer ese recorrido que tan maravillosamente han hecho don Marcelo y don Juan de dos

facetas de mi hermano Juan Antonio. Aunque he de confesar que su pretensión primera de estudio era la Teología dogmática –y don César Izquierdo debe de estar todavía enfadado por el cambio–, fue rápidamente «fichado» para dedicarse a la patrología, y se dedicó a ella hasta el punto de vivirla con pasión. Recuerdo que ya, con la enfermedad muy avanzada, iba extenuado a dar sus clases a la Facultad de Teología, de forma que al final tuvo que hacer una selección de los padres latinos y se quedó con San Agustín. Su vida ha seguido ese recorrido que magistralmente ha dado testimonio de un hombre santo.

De pequeño, en mi pueblo, lo llamaban «Juanito». Era un niño bueno –así nos decían todos– y así lo muestra la gente cuando dan el pésame a mi madre o cuando alguien habla de él. Ha dejado esa estela de ejemplo de santidad discreta, esa santidad de la persona cercana de la que habla el Papa Francisco. Un sacerdote bueno y apenas, visto con los ojos de la fe, desde la madurez del tiempo que Dios concede a las cosas y a las personas, ha dado su fruto en poco tiempo. Ha sido padre y pastor, un cristiano cabal, ha sido un buen hijo, un buen hermano, un buen compañero.

De una manera más intensa, damos gracias a Dios por el don de su vida y también por el ejemplo de su muerte. Nos ha dejado su magisterio, también en el sentido que nos recordaba don Marcelo al hablar de San Cipriano, y el testimonio de su propia vida

marcada por lo que creía y enseñaba, pues su existencia estuvo dedicada a una entrega plena a Dios y a los demás, viviendo su vocación como cristiano, sacerdote y miembro del Opus Dei, con una mentalidad enormemente laical, pues a mí, que voy a cumplir 40 años de sacerdocio, no penséis que me dejaba pasar una. Lo laical lo tenía muy marcado y al mismo tiempo su pasión por el sacerdocio, su espíritu y su alma sacerdotal. Su alma sacerdotal con una nota de catolicidad y universalidad que se muestra en esta familia de jóvenes de todo el mundo que han pasado, pasan y pasarán por el Seminario Internacional Bidasoa, y que constituyen también una prolongación de nuestra familia. Yo le decía a mi hermano Diego: «estos son los hijos de tu hermano».

Gracias a esta Universidad y gracias a don Marcelo, su director de tesis, al que tanto quería y del que aprendió tanto. Pero antes, gracias al Opus Dei, donde mi hermano ha vivido en esta «parcelica» de la Iglesia. Desde muy joven, él se comprometió con el Opus Dei, teniendo solo catorce años y medio, y ha vivido con frescura su vocación en el Opus Dei; su vida ha sido Opus Dei, sin llamar la atención absolutamente. En este aula magna habíamos estado ya antes con motivo de la licenciatura de mi hermano en Filosofía en 1989, era la vigésimo quinta promoción, y no habíamos vuelto hasta ahora con la familia. Respecto a su doctorado no sé si tuvo ceremonia, no sé

si llevó las vestes académicas. El título de doctor me lo dieron cuando estuve este verano aquí, porque no aparecía por ningún lado; nunca alardeó de sus títulos, ni de sus conocimientos; yo me enteraba por personas ajenas. Gracias, porque él vivió siendo Opus Dei, y al mismo tiempo ha desarrollado su vida en labores corporativas del Opus Dei como pez en el agua.

Tenemos que agradecer mucho su servicio a esta *alma mater* que es la Universidad y al colegio Irabia. Él tenía pasión por la Universidad; constituía el círculo en el que giraba todo su trabajo, su empeño, sus desvelos. Por la Universidad, por su Facultad de Teología y sobre todo por el Seminario Internacional Bidasoa. Quiero darles las gracias de verdad, porque en poco tiempo, con la ayuda de la gracia, han madurado a un hombre de Dios, un cristiano cabal, una persona colmada de virtudes y, al mismo tiempo, con la sencillez y la naturalidad que el espíritu de San Josemaría se difunde en todos sus hijos y sus hijas.

El punto 934 de Camino dice: *El celo es una chifladura divina de apóstol, que te deseo, y tiene estos síntomas: hambre de tratar al Maestro; preocupación constante por las almas; perseverancia, que nada hace desfallecer.* Fue una constante hecha vida en mi hermano Juan Antonio. Su expresión favorita: «a por ello», es esa perseverancia final, con el decir de Santa Teresa, la santa de mi diócesis, «aunque no pueda, aunque me cueste, aunque reviente, aunque me muera» (*Camino de Per-*

fección, 21, 2), con ese saber «lo muy nada que somos y lo muy mucho que es Dios» (*Camino de Perfección*, 32, 13). Mi hermano dio cabida a la gracia de Dios, que se sustentaba en el ejercicio de virtudes adquiridas con el esfuerzo y el tesón.

Quiero dar las gracias, por tanto, a la Universidad, al Colegio Irabia, donde llegó con dieciséis años para estudiar; y a Navarra, querido arzobispo don Francisco, a esta tierra y a esta Iglesia que tanto ha querido con sus dolores, con sus sufrimientos, con sus alegrías y sobre todo, como base, por la manera de ser Navarra, que él incorporó como una naturaleza sobrevenida a su carácter.

Gracias al Seminario Internacional Bidasoa, a sus formadores; gracias a los rectores don Juan y don Migueltxo, que están aquí; este último fue quien me dio la noticia de la enfermedad de mi hermano, con naturalidad y fortaleza, pero al mismo tiempo con el dolor de un navarro de pieza entera y de un hombre con un inmenso cariño.

Quiero darles las gracias en nombre de mi madre, en nombre de mi hermano Diego, mi cuñada y mis sobrinos, y gracias en nombre de la Iglesia por la labor que realizan, a veces incomprendida; esta labor del tesón de formar sacerdotes según el corazón de Cristo, esta labor de romper toda frontera en esta siembra apostólica por todo el mundo. Nos ha emocionado el crecimiento de esta familia, de esta otra familia de mi

hermano que es el Seminario Bidasoa, que expande la pasión por el sacerdocio a tantos lugares del mundo.

Gracias también a quienes han contribuido a su cuidado en la enfermedad; él les estará enormemente agradecido: a la Clínica Universidad de Navarra, a las enfermeras y a los médicos. Y ¿cómo llevó el dolor? Me contaron una anécdota que le ocurrió en el ascensor de la Clínica: iba con don Daniel, al que también deseo darle las gracias, y alguien conocido le dijo: «¿Viene usted, don Juan Antonio, acompañando a alguien»? Y él contestó: «No, el enfermo soy yo». Bien, con esa alegría, con ese saber estar, con esa fortaleza, con ese amor a la Iglesia que él vio reflejada en la vida de los Padres de la Iglesia, hasta el punto de que su última lección fue en la graduación de una promoción de teología, en que lo invitaron diciéndole: «don Juan Antonio, lo invitamos para que imparta usted su última lección», y respondió: «Eso no se dice así, se llama lección de clausura».

Ciertamente, ese saber reírse de la propia muerte, porque se espera la vida con mayúsculas, es lo que hizo a mi hermano algo grande, algo que por desgracia, a los que vivíamos, cuando estaba entre nosotros, se nos pasó inadvertido por la naturalidad de la santidad ejercida: viviendo como cristiano corriente y practicando el heroísmo de lo pequeño. En realidad, nos parece que todo ello es natural, pero igualmente tiene mucho «trabajo de Dios», entraña mucho «Opus Dei».

Muchas gracias a todos.

Alfonso Sánchez-Tabernero

Rector de la Universidad de Navarra

Queridas autoridades académicas, querido don Francisco, arzobispo de Pamplona, querido don José María, obispo de Ávila y hermano de Juan Antonio, querida familia de Juan Antonio, queridos profesores y alumnos.

Nos encontramos hoy en este acto académico para recordar y agradecer el trabajo de Juan Antonio Gil Tamayo en la Universidad de Navarra y yo también comienzo a agradeciendo a don Marcelo, a don Juan y a don José María sus palabras.

Qué fácil es decir cosas buenas de don Juan Antonio. ¡Qué fácil! Podríamos haber estado mucho más tiempo y en el recordar de ustedes se refleja lo bueno que era y qué difícil es decir cosas malas. Yo ahora desafío a los presentes: ¿qué podríamos decir malo de don Juan Antonio? Vamos a pensar un momento... Yo ya lo he pensado y se me ha ocurrido una cosa: su preferencia futbolística. Por cierto, que detalle del recetado de la Universidad de Navarra solicitando ayer al Real Madrid que perdiese su partido, para que hoy

celebrásemos este acto como él querría: el Aula Magna llena y el Barça líder de la liga.

Conocí a don Juan Antonio cuando tenía él 18 años y yo un poquito más, y llegaba a estudiar en la Universidad. ¿Cómo era? En parte como todos, estaba lleno de alegría, de ilusión, de esperanza, con ganas de aprender, pero en parte era distinto, era más maduro, era más profundo, llegó a estudiar filosofía; con esto está todo dicho ¿no? También tenía una sólida vida interior y un gran amor al espíritu del Opus Dei que procuraba vivir con fidelidad, y llegó aquí y, ¿qué le sucedió en sus años de estudiante? Pues, Juan Antonio Gil creció en el ámbito humano, en el ámbito académico y en el ámbito espiritual, que es lo que esperamos en la Universidad que le suceda a los que vienen aquí a estudiar.

En el ámbito académico, porque aprendió primero mucha filosofía y luego mucha teología; en el ámbito humano, que tiene ese momento clave en el que, estudiando, descubre que lo que está aprendiendo no es una palanca para que le vaya bien a él, no es algo útil para su progreso o para su futura profesión o su futuro sueldo, sino que lo que sabe debe estar puesto al servicio de los demás. Y desde luego en el ámbito espiritual. En el caso de don Juan Antonio, sin duda su fe se hizo más profunda, su vida cristiana más sólida y su amor a la vocación al Opus Dei más profunda también.

Durante ese tiempo don Juan Antonio Gil descubrió su vocación académica. Siempre fue un hombre de universidad, le gustaba aprender, le gusta estudiar, le gustaba enseñar, le gustaba compartir, le gustaba conversar y también su vocación sacerdotal, fue un maravilloso sacerdote.

Resumiría la personalidad de Juan Antonio en tres rasgos, cada uno va con su misión, yo personalmente, destacaría de Juan Antonio su espíritu de aventura, de aventura humana y sobrenatural. Cuando leemos las novelas de aventuras, ¿qué le pasa al héroe? El hombre tiene penalidades, el héroe lo pasa mal, tiene dificultades, tiene días malos, tiene obstáculos que parecen insalvables, pero el héroe no presta mucha atención a esos problemas, porque lo que tiene en la cabeza y en el corazón es que la aventura vale la pena. Eso le pasó a Juan Antonio. En su vida es imposible encontrar rutina o comodidad o conformismo, tampoco quejas ni lloriqueos. Hace poco escuché a alguien decir que solo se quejan mucho los que rezan poco. No es que él no fuera consciente de los problemas, porque estaba bien informado. Lo que pasa es que sabía que la solución a sus problemas está dentro de cada uno de nosotros, por eso, siempre fue un hombre alegre, sonriente, esperanzado. Su expresión «a por ello» es lo que resume ese espíritu de aventura.

En segundo lugar, espíritu de servicio. Solo sirven a los demás los que piensan que lo suyo, la propia vida,

no es tan importante. Tiene más interés, más importancia, lo de los demás, por eso, don Juan Antonio Gil con esa humildad tuvo ese espíritu de servicio, por eso se enroló en esa oscura tarea de impulsar la revista *Scripta Teológica*, pues, como nos decía don Marcelo, dedicó su tiempo y trabajo para que esa revista ocupara un lugar de prestigio y, por lo tanto, la ciencia ahí publicada fuera más conocida, tuviera más difusión. Por eso también dedicó tanto tiempo como director de estudios a la formación de los alumnos de la Facultad de Teología, con ese empeño en que la experiencia de los alumnos fuera profunda, transformadora, cristiana.

Espíritu de aventura, espíritu de servicio y máxima exigencia profesional; el tercer reto, esa exigencia, no para brillar, no por el propio prestigio, o no para progresar en la carrera académica, sino porque él sabía que la perfección humana de un trabajo era parte de su camino de santidad, él sabía que esa parte bien humana era requisito indispensable para servir a los demás. Por eso estudió a fondo filosofía, por eso estudió a fondo teología, por eso, cuando ya no era tan niño, se fue al Agustiniانو en Roma a estudiar patrología, por eso produjo tanta ciencia. Esa exigencia formaba parte, su exigencia profesional, de su camino de santidad.

Pienso que el fallecimiento de Juan Antonio continúa una dolorosa tradición en la Universidad de Navarra, que es que perdemos a gente joven, profesores

increíbles, no me refiero a increíbles como profesores, que también, pero personas, cristianos de pieza entera, increíbles. Muy recientemente María Teresa Laporte, antes Leticia Bañares, Miguel Lluch, Sarri... En fin, varios más, y pienso que esta tradición tiene su sentido, aunque sea una interpretación un poco personal, que no espero que sea compartida por todo el mundo, pero es una especie de sacrificio institucional necesario para que la Universidad de Navarra cumpla una tarea de servir, de ayudar cristianamente a muchas personas de muchos países de todo el mundo.

Don Juan Antonio Gil fue muy feliz aquí, y fue muy feliz, porque hizo muy felices a muchas personas, es más, creo que descubrió esto, descubrió que solamente somos felices cuando hacemos que otros, profundamente también, sean felices. En principio hemos venido aquí para recordar a don Juan Antonio y para agradecerle su tiempo de trabajo, de servicio a la Universidad, pero quizás también podemos esta mañana sentirnos inspirados por él, por ese espíritu de aventura que emana y sobrenatural, por ese espíritu de servicio y por esa máxima exigencia profesional, y también por ese empeño por hacer felices a las personas que estaban cerca de él.

Muchas gracias, Juan Antonio, por tu ejemplo.









